

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Carta

Sacramentos de iniciación cristiana

16 de noviembre de 2013

Acaba de ser aprobado el nuevo *Directorio Diocesano de los Sacramentos de Iniciación Cristiana*, cuya primera edición fue promulgada en 1986. Teniendo en cuenta las conclusiones de los Encuentros de Arciprestes de Iglesia en Castilla celebrados en Villagarcía de Campos en 2007, 2008 y 2009, y después de un largo estudio con la participación del Consejo Presbiteral, del Consejo Pastoral y de la Escuela católica, creemos que era nuestra responsabilidad revisarlo y editarlo de nuevo para afrontar los cambios rápidos, profundos y con irradiación universal de la situación actual. La perspectiva misionera está muy presente, en consonancia con los desafíos pastorales del momento y con la invitación del papa Francisco.

Atendiendo a las sugerencias de los arciprestes, el *Directorio* será presentado a los presbíteros, consagrados, catequistas y fieles cristianos en general, ya que todos estamos concernidos vitalmente. Es muy conveniente que el texto sea leído en el contexto sociocultural y acentuando las líneas de fondo. Confío en que en la presente situación, realista y bastante serena, conscientes de la trascendencia de esta tarea primordial, y conjuntando de manera perseverante y generosa los esfuerzos de todos, podamos acometer con renovado impulso este desafío pastoral cada vez más claro.

Hoy quiero subrayar dos cuestiones importantes del documento, el cual podremos tener pronto en nuestras manos: la unidad de la iniciación cristiana y qué realidades básicas constituyen el contenido de la iniciación.

1 La iniciación cristiana es una sola, espaciada en el tiempo, y se adapta gradualmente al crecimiento

Aprendemos también a vivir moralmente según los Mandamientos de Dios, cumplidos en el espíritu del Sermón de la Montaña. Formar la conciencia moral siguiendo a Jesús, que nos recuerda la voluntad de Dios, es parte de la iniciación cristiana.

Por fin, somos iniciados en la oración cristiana, que por excelencia es el Padre Nuestro; debemos aprenderlo de pequeños en la familia, junto con el Ave María, la Salve y el Credo. Aprender estas oraciones de memoria es necesario; poco a poco, comprenderemos mejor el alcance que tienen. Los padres participan en la formación básica de sus hijos enseñándoles a rezar y rezando con ellos, hablándoles de la fe, y acompañándoles en las celebraciones y en otras actividades, también de piedad popular. Lo que se aprende en el hogar queda grabado en el corazón del niño con el amor y la confianza que envuelven la relación entre padres e hijos; el hogar es una escuela que une palabra y vida de manera inigualable.

A través de estas realidades básicas —Credo, sacramentos, Mandamientos y Padre Nuestro— en el itinerario de los tres sacramentos —Bautismo, Confirmación y Eucaristía—, vamos entrando vitalmente en la familia de la fe, que es la Iglesia.

Hablamos de sacramentos de la iniciación, no de terminación; requieren continuidad, duración, perseverancia en lo recibido sacramentalmente. Sobre ese cimiento vamos edificando la vida cristiana. Cada cristiano avanza en su maduración y realización personal, y en ese recorrido descubrirá también su propia vocación dentro de la Iglesia. La iniciación introduce, no concluye, el camino de cada cristiano; por ese motivo, nos inquieta cuando la continuidad se rompe en bastantes niños que han recibido la primera Comunión y en jóvenes que han sido confirmados. En otro tiempo, la continuidad estaba en buena medida garantizada por el ambiente general cristiano; hoy no podemos suponer tal ambiente, de modo que debemos insistir en la iniciación abierta al futuro, como tarea siempre esencial y vital de la Iglesia.